

14 de agosto - San Tarsicio, patrono de los acólitos

UN AMBIENTE SEGURO EN LA FORMACIÓN DE LOS MÁS JÓVENES

Por P. Elixander Torres Pérez, Arquidiócesis de La Habana

Revestidos con albas, sotanas rojas o negras y roquete, a los niños, adolescentes y jóvenes que asisten al sacerdote en las celebraciones litúrgicas se les llama popularmente “monaguillos”, “acólitos” o “servidores del altar”, aunque estrictamente no se trate de lo mismo. Este oficio —no superior a otros servicios y ministerios desempeñados por los fieles en la Iglesia— tiene una importancia propia en la praxis litúrgica, además de poseer un claro matiz vocacional.



El detalle distintivo del acolitado es la actitud de servicio, su cercanía a la Eucaristía y a los ministros del altar. Esto conlleva una necesaria formación espiritual, litúrgica, humana y catequética, una relación sana y transparente entre ellos y para con ellos, especialmente con los más pequeños, desarrollada en medio de un ambiente seguro. Y esto último no solo se aplica a los monaguillos, sino a todo menor que se encuentre al cuidado y educación de la Iglesia.

Se llama “ambiente seguro” a los espacios físicos, sociales, religiosos y culturales que propician y buscan garantizar el desarrollo integral de toda persona vulnerable, respetando su integridad física y emocional, y ofreciéndole un entorno de relaciones humanas saludables. Así pues, en cada salón de catequesis o local de formación para los monaguillos, tanto formadores como catequistas deben buscar proteger la inocencia de los niños y la confianza de los adolescentes y jóvenes en su comunidad eclesial, preservando la sagrada naturaleza de las relaciones entre ministros y bautizados.

Lamentablemente, en muchos lugares del mundo se ha evidenciado, y todavía se evidencia, la realidad del pecado y sus dolorosas consecuencias, que desconciertan a los fieles, son “piedra de tropiezo” para la fe de muchos y motivo de vergüenza para toda la Iglesia, ya que “si sufre un miembro, todo el cuerpo sufre con él” (1 Cor 12, 26).

No se puede restituir la inocencia a quien se le ha arrebatado, y es muy difícil restablecer la confianza de alguien herido en una institución que tiene al amor y a la misericordia de Dios como preceptos, cuando alguno de sus representantes la ha traicionado. Sin embargo, sí se puede evitar, con todos los medios al alcance de la Iglesia, que se haga daño a cualquier persona, empañando la imagen de Dios en ella.

La Iglesia está llamada a salvaguardar y proteger la dignidad dada por Dios a toda persona, sin distinción de raza, sexo u otro rasgo personal, así como condena toda forma de abuso o negligencia contra ellas. Para ello ha ido creando, en todo el mundo, reglamentos y procedimientos encaminados a proteger niños, adolescentes, jóvenes o adultos vulnerables contra el abuso sexual de cualquier tipo y sin distinguir entre personas consagradas o laicas, ya sean empleados o voluntarios de los proyectos o servicios que ofrece la Iglesia. Tanto pastores como consagrados están comprometidos a propiciar y promover un ambiente seguro en todos los espacios e instituciones eclesiales para prevenir cualquier tipo de abuso.

SANTORAL

D 14 San Maximiliano Kolbe, mártir / **L** 15 San Arnulfo, obispo / **M** 16 San Tarsicio, mártir / **M** 17 San Jacinto, presbítero / **J** 18 Santa Elena, reina / **V** 19 San Ezequiel Moreno Díaz, obispo / **S** 20 San Bernardo, abad y doctor.

VIDA CRISTIANA Fundada en 1962 - Con Licencia Eclesiástica

Director: P. Eduardo García Tamayo, s.j. Administradora: María de los Ángeles Torres Benavides
vidacristianaencuba@gmail.com // Boletín: boletinvc@sjcuba.org // <http://vidacristianaencuba.com> // Vida Cristiana
Reina 463 esquina a Belascoain, Centro Habana, CP 10200, La Habana. Tel. 7862-2149, ext. 119

Giros pagaderos a:

Vida Cristiana, Apartado 3304, Salvador Allende 508, Zona Postal Habana 3, CP 10300

VIDA CRISTIANA

Publicación católica dominical

14 de agosto de 2022, no. 3012. Año 59

De la mesa del director: domingo XX del Tiempo Ordinario

LA ANGUSTIA POR HACER CRECER LA VIDA (Lucas 12,49-53)

Juan Bautista, para hablar de la misión del que vendría detrás de él, empleó la imagen del fuego: “Él los bautizará con Espíritu Santo y fuego”. Tenía la visión de una sociedad ahogada por la escoria, de un pueblo sobre el que habían amontonado la basura de incontables injusticias e hipocresías.

Jesús hizo suya la imagen ardiente, transformadora y purificadora del fuego. A medida que, camino de Jerusalén, se acercaba la etapa decisiva de su vida -su hora-, crecía en Él la insatisfacción

con el desamparo en que veía sumidos a pobres y enfermos. Había crecido en un país minúsculo, dominado por un imperio que imponía la “pax romana” mientras que el ejército y los recaudadores oprimían a los habitantes y los sacudían pies arriba hasta sacarles la plata. Una paz siniestra echada como un velo de silencio por encima de los abusos.

Era testigo de una religiosidad que, ante el desamparo de la mayoría, se contentaba con predicar el cumplimiento de la Ley, incapaz de sembrar las semillas de una vida fraternal. Ante tanta opresión e hipocresía,

Jesús sentía la urgencia de construir un mundo diferente. Tanta escoria solo podía purificarse con el fuego de una pasión por la verdad y por la justicia. La mentira de una paz impuesta por las armas y de una religión interesada en vaciar los bolsillos de los pobres solo podría evidenciarse con una palabra profética capaz de dividir las aguas

entre verdad y mentira, entre misericordia y cinismo, entre servicio y explotación. Palabra profética que al hacerse oír provocaría división, una crisis que sacudiría aun la vida familiar de los discípulos.

Angustia era lo que Jesús sentía ante una sociedad urgida de soluciones frente a liderazgos políticos y religiosos sin sentido de su misión. Y quería comunicar a sus discípulos su pasión por la redención del mundo, aun cuando le fuera en ello la propia vida.

Nuestra sociedad siente el peso arduo de una paz impuesta que la paraliza y la obliga a vivir en las aguas cenagosas de la mentira y del temor. Nuestra Iglesia sabe que solo podrá vivir su misión si comparte la misma angustia de Jesús ante un pueblo desamparado y opta por estar a su lado.



Jr 38,4-6.8-10 “Me engendraste hombre de pleitos para todo el país”.
 Sal 40 (39) “Señor, date prisa en socorrerme”.
 Heb 12,1-4 “Corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos”.
 Lc 12,49-53 “No he venido a traer paz, sino división”.

L Solemnidad de la Asunción de la Virgen María
 Ap 11,19a;12,1-6a.10ab/ Sal 45(44)/ 1Cor 15, 20-27a

M Ez 28,1-10/ Interleccional Dt 32/ Mt 19, 23-30

M Ez 34,1-11/ Sal 23(22)/ Mt 20,1-16

J Ez 36,23-28/ Sal 51(50)/ Mt 22,1-14

V Ez 37,1-14/ Sal 107(106)/ Mt 22,34-40

S Ez 43,1-7a/ Sal 85(84)/ Mt 23,1-12

Domingo 21 de agosto: XXI del Tiempo Ordinario

Isaías 66,18-21; Salmo 117 (116); Hebreos 12,5-7.11-13; Lucas 13,22-30.

1S de agosto, San Alberto Hurtado

LA 1RA. ASAMBLEA ECLESIAL DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: PASOS EN UN *KAIRÓS* SINODAL EN CONSTRUCCIÓN

Por Mauricio López Oropeza, laico participante en la 1ra. Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe (ALyC)

En febrero de 2020, sin saber la dimensión de la tormenta que se venía sobre nosotros, estábamos preparando el camino hacia la 1ra. Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe. Se trata de una experiencia animada por el Consejo Episcopal de ALyC, en articulación con diversas instancias regionales eclesiales de la Vida Consagrada, de las Pastorales Sociales y otras.

El Papa Francisco aconsejó que, antes de efectuar una nueva Conferencia del Episcopado de ALyC, se realizara una experiencia eclesial donde tuviera espacio todo el pueblo de Dios y se profundizara en la fuerza del mensaje de la V Asamblea del Episcopado de ALyC en Aparecida (2007), que aún tiene mucho que decirnos. La 1ra. Asamblea Eclesial sería la huella indeleble de una Iglesia que no permanece en actitud de manutención mínima, o pasiva y resguardada en medio de la crisis, sino de una presencia que teje esperanza y construye futuro haciéndose presente.

La realización de una asamblea inédita, con enfoque eclesial y sinodal, marca un importante precedente para la Iglesia en ALyC. La composición fue amplia, imperfecta, pero de genuina representación del Pueblo de Dios en una estructura que refleja la diversidad eclesial: 20 % obispos, 20 % sacerdotes y diáconos, 20 % religiosos/as y 40 % laicos/as de diversas pastorales, incluyendo grupos considerados periféricos.

Cuando me preguntan sobre lo más significativo de esta experiencia, he dicho que lo central es hacernos la pregunta: ¿De qué modos concretos hemos sido transformados, a nivel personal, comunitario y como Iglesia, por la experiencia de encuentro y escucha del Dios de la vida en las voces concretas del pueblo de Dios, sobre todo los más improbables, y a qué nuevos caminos nos ha impulsado esto?

La Asamblea Eclesial es un proceso vivo con el que continúa el Sínodo que quiere asistir en el discernimiento en común de la Iglesia (y de la sociedad que quiera dejarse interpelar) para responder de modo más genuino ante los signos de los tiempos de nuestra región, para impulsar con más fuerza su misión salvífica, y para dilucidar los nuevos caminos en un seguimiento más pleno del Señor de la Vida.

* *kairós*: tiempo de Dios en la historia humana



15 de agosto de 1511, fundación de la primera villa de Cuba, Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa

MAISÍ, LA NOSTALGIA DOLOROSA DE MI CORAZÓN

Por P. Alberto Reyes, Arquidiócesis de Camagüey

Me han pedido que hable de Maisí, donde viví por dos años y cuando, al mes de llegar, el huracán Matthew destruyó todo, menos el espíritu de su gente. Maisí, el sitio donde nunca me costó levantarme para un nuevo día, donde fui en plenitud el cura que quiero ser y donde tuve la intención de quedarme para siempre; la nostalgia dolorosa de mi corazón.

Una de mis primeras impresiones fue este diálogo con uno de mis monaguillos pequeños, una tarde, sobre las siete.

—¿Ya comiste?

—Sí.

—¿Qué comiste?

—Arroz.

—¿Y qué más?

—Chícharos.

—¿Y qué más?

Silencio. De repente me sentí mirado como una especie rara, y me vi ante dos ojos negros entomados, como cuando hay algo que no se entiende; un niño sorprendido ante una pregunta extraña.

—Nada más, padre, ¿qué más?

Fue la primera experiencia de mis niños con hambre, de desayunos a base de un poco de café, de casas con piso de tierra, de colchones de hierba, de la tragedia del agua, de la vulnerabilidad ante los caprichos de la naturaleza, de niños caminando kilómetros para ir y venir de la escuela, de trillos de fango omnipresente, de extenuantes horas de trabajo en los campos de malanga.

Maisí, donde la vida es dura, donde (según ellos) empieza Cuba; pero, a la vez, el sitio olvidado, a donde nadie mira, porque no es lugar de paso, y solo llegas si es tu destino. Pero también, un lugar donde la gente encara la vida, donde la naturaleza y la bondad son exuberantes. Su gente es sencilla, generosa, noble, sin vergüenza para hablar de Dios: encomendándose a él o agradeciéndole en público, sin reparos para bendecir y pedir bendiciones. Es el lugar donde los cristianos caminan kilómetros para ir a una misa o a una celebración, sea de día o de noche —y si hay fango, llevan en una bolsita sus zapatos limpios—; donde los cristianos cantan escrupulosamente fieles a la letra y totalmente libres en la música. Un sitio donde los funerales son una institución: todos van y a todos se les da comida, porque todos permanecen hasta el final. Un lugar donde las fiestas de quince son públicas, y todos son bienvenidos.

Maisí tiene hasta su propio lenguaje: no dicen “casi”, sino “casi-mente”, derricarse es caerse, insultar es asustar, estar impuesto es estar acostumbrado, no existe la nuera sino la yerna, una perra en celo está “dañada”, una pareja que vive sin casarse está “aplazada”, estar “cumplida” es empezar a tener la menstruación, la “misa del cabo de año” es la misa de cuando el difunto cumple un año de fallecido; y así.

En Maisí no es difícil ver a Dios, por su naturaleza que hipnotiza y por su gente, que te abre la casa y el corazón, que agradece más y se queja menos, que asume la lucha, el dolor, la dificultad como parte de la vida. Un lugar donde se respeta el sitio de Dios.



LA CARRERA DE LA VIDA (Heb 12, 1-4)

Estamos rodeados por una nube ingente de testigos: dejemos los pecados y andrajos de mendigos, y caminemos libres como amigos. Mirando hacia la meta, corramos por la pista de la vida con una fe completa, segura y bien fornida, para alcanzar el fin de la corrida.

Llevemos con buen arte el pendón que cargó nuestro modelo, la cruz como estandarte, hasta llegar al cielo, donde la luz será nuestro consuelo. Luchemos sin descanso hasta entregar la sangre y el aliento, pues solo hay un remanso que nos dará contento: descansar con Jesús en su aposento.